

· P R Ó L O G O ·

Enero, 1815, Blackmoor Estate, Essex, Inglaterra.

La lluvia caía sin tregua sobre las resbaladizas rocas que delimitaban los acantilados de la campiña de Essex, donde el terreno terminaba en escarpados precipicios frente a un gélido mar invernal.

La inseguridad que mostraba su caballo le había hecho renunciar a avanzar por la dirección exacta a cambio de pisar terreno más firme y estable. Por lo general, le irritaban los animales asustadizos y consideraba que eran firmes candidatos para la venta o el sacrificio, pero ese día los peligrosos acantilados hacían que también él mostrara cautela. No había planeado viajar ese día en particular, pero algunas cuestiones no admitían demora.

Esa misma mañana, un mensajero le había entregado una nota; contenía una información crítica que indicaba que la trama que había puesto en marcha estaba a punto de verse descubierta. Alguien parecía decidido a arruinarlo... y era preciso detenerlo.

Había hecho todo lo posible para mantener su labor en secreto, pero el conde se las había arreglado para descubrirlo todo. Bueno, no exactamente todo. No sabía el importante papel que jugaba su precioso condado en el plan. ¿Le sorprendería? Apenas podía esperar para ver la cara de asombro que pondría el conde cuando se enterara. Era lo único que conseguiría que ese desagradable paseo bajo la lluvia, por aquel lugar perdido de la mano de Dios, mereciera la pena.

Volvió la mirada hacia el océano, donde un barco permanecía anclado muy cerca de los inhóspitos acantilados de Essexshire. A treinta metros de donde se encontraba en ese momento, el camino se dividía en dos. A la izquierda se iniciaba el escabroso descenso hacia el mar, demasiado peligroso para un caballo y apenas lo suficientemente ancho para que pasara un hombre. A la derecha, el sendero serpenteaba hacia

lo alto de los acantilados. No muy lejos de la bifurcación existía una especie de mirador, el lugar perfecto para observar la vista que se extendía a sus pies. Sería allí donde esperaría a su presa.

Desmontó justo antes del desvío y aseguró su caballo antes de continuar a pie por el camino de la derecha. Sin montura, poseería toda la ventaja. Siguió avanzando, moviéndose por instinto; conocía cada palmo de esas tierras, las había recorrido cientos de veces, le proporcionaban la protección adecuada para el trabajo que debía realizar, el punto perfecto para encontrarse con sus socios y, casualmente, el lugar más propicio para atacar.

El conde había cometido un error, ¡por fin!, e iba a empezar a pagar.

· C A P Í T U L O 1 ·

Abril, 1815. Londres, Inglaterra

— ¡Ay! ¡Me ha clavado la aguja!
La duquesa de Worthington no levantó la vista del bordado.

—Quizá eso te enseñe a estarte quieta mientras la modista te ajusta el vestido. —Miró de soslayo a su hija menor—. Además, dudo mucho que madame Fernaud te haya «clavado la aguja».

Lady Alexandra Stafford, única hija de los duques de Worthington, suspiró al tiempo que ponía los ojos en blanco. Se frotó la zona de la cintura, donde estaba ajustándole la prenda la mejor modista de Londres.

—Tal vez no me haya clavado la aguja, pero sí me ha pinchado. —Al no conseguir ninguna reacción, ni por parte de su madre ni de la imperturbable modista, Alex dejó caer los hombros—. De todos modos, no entiendo por qué tengo que soportar esta prueba de vestuario —murmuró.

—Alexandra, hay un montón de jovencitas que se mostrarían encantadas de estar en tu lugar, sobre esa plataforma, mientras «soportan» que se les ajuste el vestido —argumentó la duquesa continuando con su labor.

—¿Podría sugerir que alguna de ellas ocupara mi lugar?

—No.

Alex sabía cuándo una batalla estaba perdida.

—Ya suponía yo que no.

La duquesa de Worthington llevaba diecisiete años esperando a que llegara la temporada en que su hija fuera presentada en Londres.

Durante los últimos tres años, las clases que Alex recibía diariamente se habían reducido para dar cabida a horas de ridículas lecciones en las que la instruían para resultar más atractiva a aquellos solteros que su madre consideraba «buenos partidos»; caballeros ricos, con título y muy aburridos.

El riguroso programa diseñado por su madre y su institutriz para eliminar de su carácter todas sus peculiaridades —es decir, cualquier aspecto de su personalidad que pudiera encontrar interesante alguien con un mínimo de inteligencia— había acaparado todo su tiempo disponible. Había recibido desde lecciones de «aplomo y postura», que consistían en media hora de tortura para que supiera mantener la espalda recta y la barbilla ligeramente inclinada, a otras para mantener una «conversación adecuada», donde simulaban conversaciones con la idea de ayudar a Alex a saber qué decir y qué no decir a los diversos hombres con los que socializaría en el transcurso de su primera temporada. Pero las más interesantes eran las de «sutileza de la danza», durante las cuales aprendió los pasos de las contradanzas, el vals, el cotillón... y otros innumerables bailes que le darían la oportunidad de tratar de «parecer elegante y encantadora» mientras practicaba todo lo que había aprendido en las clases de «conversación adecuada». En lo que a Alex concernía, todas esas lecciones eran una pérdida de tiempo. Por desgracia, ni siquiera la irrupción de un pequeño ejército de Napoleón en el salón de Worthington House podría disuadir a su madre del objetivo de casar a su única hija. E, incluso, si fuera así, no le extrañaría que la duquesa decidiera interrogar al capitán de la guardia francesa para averiguar su linaje y su herencia antes de rendirse.

Después de todo, conseguir un matrimonio adecuado era mucho más importante que cualquier asunto de Estado.

De todos modos, las lecciones habían enseñado a Alex algunas de las reglas de la aristocracia de Londres, por ejemplo, cómo fingir estar interesada cuando los hombres la agasajaban con aburridos detalles sobre caballos, caza y ellos mismos, o cómo no revelar cualquier atisbo de inteligencia.

Era evidente que *eso* asustaría a los caballeros elegibles. Además, había aprendido a abstenerse de sugerir que deberían existir hombres que buscaran una mujer que supiera diferenciar el griego del latín. Esa observación en particular ponía históricas a las institutrices.

Sin tener en cuenta las consecuencias, Alex dejó escapar un

profundo suspiro de resignación, que hizo que se ganara un alfilerazo en la espalda.

—¡Ay!

Madame Fernaud podía ser considerada la modista de más renombre de toda Inglaterra, pero a Alex no la engañaba. Era evidente que la francesa libraba una silenciosa batalla contra los enemigos británicos pinchando a las jóvenes debutantes inglesas hasta llevarlas a la muerte.

Esta era la última prueba para ajustar el más importante de sus nuevos vestidos, el que debería usar cuando asistiera a su primer baile en Almack's, para el que faltaba una semana. Ser presentada allí era esencial para cualquier debutante; los aristócratas más venerados de Londres echaban un vistazo a las nuevas caras de la temporada. «Igual que si compraran ganado», pensó Alex, enarcando una ceja ante la divertida ironía, al tiempo que curvaba la comisura de los labios. El símil era muy acertado. Por supuesto, la mayor parte de las chicas que la acompañarían en su puesta de largo llevaban toda su vida soñando con ese momento. Por desgracia, para ella no era tan interesante.

Al escuchar un silencioso carraspeo proveniente de la puerta de la habitación, y procurando no moverse demasiado por temor a verse pinchada de nuevo, Alex giró la cabeza para mirar a Eliza, su doncella.

—Disculpe, su excelencia. —Eliza dirigió sus palabras a la duquesa, mientras hacía una rápida reverencia—. Lady Alexandra tiene visita. Se trata de lady Eleanor y lady Vivian. La esperan en la salita de la planta baja.

—Gracias a Dios. Estoy salvada —murmuró Alex en voz baja y volvió la cabeza para lanzar una mirada suplicante a su madre—. ¿Puedo? ¿Por favor? Llevo muchísimo tiempo aquí de pie. El vestido debe de estar ya perfecto.

Madame Fernaud se apartó de su trabajo y habló por primera vez.

—Está perfecto, mademoiselle. —Se volvió hacia la duquesa—. *Et voilà*. Su excelencia, es una obra maestra... ¿no cree?

Alex se aferró a esta declaración.

—Una obra maestra, mamá. Prefiero pensar que no deberíamos contradecir tal *tour de force*, ¿no?

La duquesa, siempre perfeccionista, se puso de pie y la rodeó lentamente mientras echaba una mirada crítica a una costura aquí, un detalle allá. Después de lo que pareció una eternidad, alzó la mirada hacia la de ella.

—Estás preciosa, Alexandra. Vas a provocar un enorme revuelo.

Alex supo que había ganado. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Bueno, con una madre como tú, ¿cómo podría no hacerlo?

La duquesa se rio ante aquella descarada adulación.

—Eso es demasiado exagerado, Alexandra, incluso proviniendo de ti.

Alex batió palmas y saltó de la plataforma elevada donde llevaba tanto tiempo de pie para arrojarle a los brazos de su madre y besarla en la mejilla.

—¡Gracias, mamá!

Corrió hacia la puerta, deshaciéndose en cumplidos.

—¡*Merci*, madame Fernaud! ¡El vestido es simplemente fantástico! ¡*Oui, c'est magnifique!* ¡Gracias!

Mientras ella salía, su excelencia habló sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué voy a hacer con esa chica?

Si madame Fernaud no hubiera estado perdida en la indignación ante el atroz trato que estaba sufriendo su brillante creación a manos de Alexandra, habría detectado un indicio de risa en la voz de la duquesa.

Alex bajó corriendo la amplia escalera de Worthington House y se deslizó hasta detenerse frente a las puertas de la sala. Harquist, el sufrido mayordomo que llevaba con la familia Stafford desde que el abuelo de Alex heredó el ducado, se encontraba apostado junto a la puerta y la abrió para dejarla entrar en la habitación en cuanto la pesada falda dejó de ondular a su alrededor.

Fulminándolo con la mirada, Alex se enderezó para mostrar una pose contenida, más adecuada para una dama.

—Gracias, Harquist —dijo al tiempo que entraba en la habitación contoneándose de manera exagerada. El sombrío «milady» del mayordomo flotaba todavía en el aire cuando estallaron dos risitas en el otro extremo de la habitación. La seria expresión de Alex se transformó en una sonrisa mientras se dejaba caer sin delicadeza alguna en la silla más cercana, frente a las que eran sus mejores amigas, Ella y Vivi.

Las tres eran amigas desde que nacieron. Sus padres habían entablado amistad en la adolescencia, y el destino quiso que cada uno tuviese una hija. Las niñas habían nacido con una semana de diferencia. Fue algo lógico y natural que se convirtiesen en amigas, confidentes y cómplices en mil travesuras.

Lady Vivian Markwell, única hija del marqués de Langford, era la mayor de las tres. Alta y esbelta, tenía los ojos color violeta y el pelo oscuro de su padre. La belleza de Vivi escondía una mente sagaz y una voluntad tenaz, también heredada de su padre, que no solo era rico y encantador, sino también un héroe nacional y miembro de alto rango en el Ministerio de la Guerra.

La madre de Vivi había muerto cuando ella tenía solo siete años, y su padre no había vuelto a casarse.

El marqués se había volcado en Vivi y en su hermano gemelo, Sebastian. Mientras este pasaba los días en Eton, formán-

dose para heredar el título de su padre y convertirse en par del reino, Vivi había madurado hasta convertirse en una damita educada, poseedora de una impactante y exótica belleza.

La más joven de las tres, por apenas cinco días, era lady Eleanor Redburn, la hija mayor de los condes de Marlborough. Sus rasgos y figura delicados eran, junto con su sedoso pelo, dorado como el maíz, y sus ojos, azules, los atributos que constituían el canon de belleza ideal por el que la mayoría de las damas venderían sus almas. De todas formas, su personalidad difería por completo de su aspecto de muñeca de porcelana. Prefería los libros a los bailes y sentía aún menos interés que Alex por los entresijos de la sociedad londinense.

Aunque Ella sabía —y asumía— que sus intereses probablemente la privarían de marido, a su madre la exasperaba que ese pudiera llegar a ser el futuro de su hija.

Sin embargo, la reacción de su madre no molestaba a Ella en absoluto; de hecho, Alex tenía la sospecha de que su amiga consideraba el estado de irritación de la condesa como una ventaja añadida.

Vivi y Ella habían acompañado a Alex en cada etapa de su vida y no podía imaginar un día sin ellas, por lo que no podía haberla hecho más feliz contar con su presencia en ese momento.

—¡Estoy muy contenta de veros! Me acabáis de salvar de la prueba de vestuario más larga de la historia. ¡Habéis llegado justo a tiempo!

Las chicas se miraron de reojo.

—Eso explica tu extraño atuendo—intervino Ella secamente. Alex se miró y gimió.

—Tenía tanta prisa por salir de esa habitación, que me olvidé de que todavía llevaba puesto el vestido. —Se sentó en el diván y ahuecó las faldas—. Iré a cambiarme dentro un momento. No quiero arriesgarme a volver allí hasta que madame Feraud se haya ido. Disfruta haciéndome sufrir.

—A tu madre le dará un ataque si se entera de que andas por ahí con el vestido que lucirás en la puesta de largo —observó Vivi—. Pero ya que estás aquí... ponte de pie para que podamos echarle un vistazo.

Alex se levantó, hizo una reverencia y giró sobre sí misma delante de sus amigas. Vivi esbozó una amplia sonrisa.

—Es precioso, Alex. Y el color te queda perfecto. Sea cruel o no, madame Fernaud sabe cómo manejar la aguja.

Alex hizo una mueca al recordar la aguja en cuestión.

—¡Ojalá fuese tan cuidadosa con la piel como lo es con la seda! —dijo con ironía. Las chicas compartieron una carcajada, todas habían sufrido la aguja de la modista.

Alex miró el vestido que había cubierto su cuerpo durante la mayor parte de la tarde y tuvo que admitir que era hermoso. La elegante seda de color esmeralda poseía el tono perfecto para resaltar su tez de pelirroja, sus ojos verdes y el cabello castaño rojizo; la prenda se ajustaba perfectamente a su cuerpo desde los hombros a su cintura, con un escote muy favorecedor, un estilo que nunca había podido llevar antes porque no era adecuado utilizar un modelo tan revelador antes de ser presentada en sociedad. Desde la cintura, el vestido se abría en pliegues de suntuosa tela hasta el suelo. Pero lo que hacía realmente especial aquella prenda eran los cientos de pequeños capullos de rosa hechos a mano, meticulosamente cosidos a la tela, que formaban una cascada en diagonal. Las flores, de la misma seda verde, empezaban en la parte superior del corpiño y aumentaban su número poco a poco a medida que descendían por la falda. El diseño favorecía la inusual altura de Alex, acentuándola y estilizando su figura.

Realmente era una obra maestra.

—Si crees que vas a ser capaz de mantener alejados a los posibles pretendientes con ese vestido, estás muy equivocada —dijo Ella, haciendo que dejara de estudiar el vestido.

Alex hizo una mueca. Ella no era muy delicada a la hora de decir las cosas. Y casi siempre tenía razón.

Por desgracia, esta ocasión no era una excepción. El vestido estaba diseñado con un único objetivo... pescar marido. Durante más de un año, su madre se había concentrado en las preparaciones para este momento, en la primavera de 1815, cuando Alex cumpliría diecisiete años y sería «presentada» en sociedad. No era que no hubiera frecuentado la sociedad

durante esos diecisiete años, pero esto era diferente. Sería su primera temporada, cuando desfilaría como si fuese un trozo de carne delante de todos los hombres elegibles de Londres, aquellos que contasen con un patrimonio considerable y un título aceptable. El objetivo de su madre era tenerla casada para el otoño. ¿Podía haber algo peor?

—Bien, me limitaré a intentar no hacerle justicia al vestido. —El tono de Alex estaba lleno de determinación—. Mi madre ha puesto su corazón en conseguir que mi vida sea tan sosa y aburrida como pueda. Es decir, ¿hay alguien en la tierra cuya única aspiración sea terminar casada en Surrey? ¡Menuda pesadilla! —exclamó sin dirigirse a nadie en particular.

Apoyó la cabeza en la suave tapicería de la silla y miró hacia el techo con desdén.

—Nadie. Por lo menos, nadie que sea capaz de pensar por sí mismo. Mis hermanos son todos mayores que yo, pero ¿mi madre anda fastidiándolos para que sienten la cabeza y se casen?

—Sí —intervino Vivi.

—Eso es porque mi madre disfruta molestándolos. ¡Pero ellos no le hacen caso! La única razón por la que han aceptado asistir a alguno de los bailes de este año es porque así tienen munición para burlarse de su hermana pequeña.

—Bueno, no se les puede culpar. —En esta ocasión intervino Ella—. Eres un blanco fácil.

Vivi se rio al ver que Alex fulminaba a su amiga con la mirada antes de continuar con sus diatribas.

—¡Es totalmente injusto! A los chicos de nuestra edad ni siquiera se les pide que asistan a bailes. La idea de que ellos tengan que casarse a los dieciocho años es inconcebible en nuestra sociedad. Solo ocurre en zonas rurales. Sin embargo, a nosotras nos toca desfilarse por todos esos bailes... como... como... ¡como si fuéramos ganado que vender al mejor postor!

—Bueno, para ser justos, quizá es mejor que los chicos no tengan que casarse a los dieciocho años. ¿Has asistido a alguna reunión del sexo masculino donde la edad media sea esa? —comentó Vivi secamente, interrumpiéndola de nuevo.

—Mmm... Todavía estoy tratando de no ofenderme al verme comparada con animales de granja.

—Vamos, Alex...

Esta suspiró.

—Lo sé, esto es una tontería. Pero así es como me siento. En especial, cuando he crecido con tres hermanos mayores que parece que se rigen por reglas diferentes.

—Tienes razón —tomó de nuevo la palabra Ella—, pero creo que en realidad no nos queda otra elección. Nuestras opciones son bastante limitadas.

Y Ella lo sabía bien. Siendo la hermana mayor de una familia que solo había tenido hijas, tenía la obligación de casarse... y de casarse bien, estableciendo así una pauta para sus hermanas menores... a menos que pudiera encontrar una manera de apartarse de la competición.

Ella había sopesado infinidad de opciones para ser considerada poco apta para el matrimonio. Las chicas habían discutido todas las posibilidades hasta la saciedad antes de llegar a una conclusión: la forma más rápida de ser arrinconada y convertirse en una mujer florero era que su reputación se viera arruinada.

Por desgracia, esta no era una opción, sin importar lo tentadora que fuera, pues parecía que caer en desgracia era el castigo para cualquiera lo suficientemente atrevido para probar algo emocionante. Las damitas londinenses podían destruir su reputación de muchas maneras, pero los mayores delitos eran besarse en público en los labios —o en otra parte del cuerpo aún más atrevida—, bailar tres o más bailes con el mismo chico y visitar a un hombre en su casa sin llevar acompañante.

Ella había considerado esas opciones una y otra vez, incluso había llegado tan lejos como para hacer una lista con los hombres a los que creía que podría convencer para ayudarla a caer en desgracia, pero no se atrevió a comprometer a su familia, haciéndola objeto de chismes y críticas. Después de todo, la ruina no la afectaría solo a ella. La sociedad era, al mismo tiempo, devastadora y cruel con sus miembros.

—A menos que me decida a provocarle a mi madre un ataque de histeria y destruir las posibilidades de mis hermanas, tengo que conformarme con pasar desapercibida —dijo Ella sin dirigirse a nadie en particular.

Vivi se rio y sacudió la cabeza.

—¡Lo haces parecer fácil! Eres preciosa y posees una dote envidiable. No es algo que te garantice una vida de soltería, Ella.

—Ah, pero te has olvidado de mi defecto más horrible. Nadie quiere una esposa inteligente. —Ella simuló estremecerse—. ¡Qué cosa tan terrible!

Alex se echó a reír.

—Lamentablemente, creo que tienes razón. Si revelas tu inteligencia lo suficiente, impedirás que te cortejen. En especial cualquiera de los bobos que querrán pasear con nosotras alrededor del salón en Almack's.

Su amiga sonrió.

—Esperemos que sea así, porque ese es el mejor plan que tengo; la única forma que encuentro para poder escribir mi novela.

No era solo que Ella encontrase de mal gusto la idea de casarse con un hombre apropiado, es que eso era contrario a lo único que había querido desde que tenía memoria. Soñaba con convertirse en una gran novelista y escribir un libro con la historia de su generación. Había leído todo lo que había caído en sus manos y raramente se la veía sin un cuaderno de notas, donde transcribía las ideas y observaciones que pensaba que le serían útiles cuando por fin tuviese la oportunidad de contar su historia.

Era consciente, evidentemente, del reto que suponía ser mujer y escritora. Eran pocos los novelistas respetables que en los últimos cincuenta años habían admitido ser mujeres, al menos públicamente. Pero Ella era muy consciente de que las pequeñas probabilidades de llegar a ser publicada siendo soltera eran ligeramente superiores a las posibilidades de que lo hiciera siendo una mujer casada. Y estaba dispuesta a apostar por esa diferencia.

—Eso me recuerda algo —intervino Vivi—. Tengo una idea

para tu libro; creo que podría ser perfecta. —Las chicas siempre estaban dando ideas o argumentos para incluirlos en el cuaderno de notas de Ella—. He escuchado hablar a mi padre sobre la inminente captura de una serie de espías ingleses que han estado vendiendo secretos de Estado a los franceses.

Alex se acomodó en la silla, sentándose encima de los pies. Le encantaba escuchar las historias de espionaje de Vivi.

—Oooh... continúa.

Vivi se inclinó hacia delante. Poseía un don natural para contar historias.

—Por lo que pude entender, la Armada Real debe de haber tenido algún problema con las misiones secretas, pues están siendo interceptadas por los franceses. Resulta muy irritante para los hombres del Ministerio de la Guerra. Napoleón escapó del exilio el mes pasado, es obvio que han preparado una operación a gran escala para derrocarlo; han estudiado todas las posibilidades de que los franceses hayan interceptado y descifrado los mensajes de nuestros buques, pero parece que solo hay una conclusión: espías ingleses.

Alex soltó una palabra nada apropiada en una dama, aunque perfecta para describir a cualquier inglés que vendiese secretos de Estado en tiempo de guerra.

Ella ya estaba garabateando notas en su cuaderno, haciendo caso omiso del lenguaje grosero de su amiga.

—Fascinante. ¿Quién lo hizo? —preguntó sin levantar la vista.

Vivi sacudió la cabeza y agitó una mano.

—Todavía no lo saben. Debe de ser alguien con un cargo importante en el Ministerio de la Guerra, alguien con acceso a este tipo de información. Asignaron recientemente este caso a mi padre y a William. —Buscó con la mirada a Alex al mencionar al hermano mayor de su amiga—. Estoy segura de que entre los dos esclarecerán pronto los hechos. Pero si alguien puede hacer este caso más interesante, eres tú, Ella.

Ella no parecía prestarles atención, concentrada en las palabras que escribía en su diario. Mientras mordisqueaba delicadamente el extremo del lápiz, su mente maquinaba la historia que podría tejer alrededor de esa información.

Dejando por fin su ensoñación, la conversación giró en torno a Vivi y a sus preparativos para ser presentada en sociedad.

Las tres muchachas asistirían a Almack's para su puesta de largo oficial la noche del miércoles. Vivi, la única que no tenía una madre que la importunase, era la que sentía menos animosidad hacia ese tipo de eventos, aunque tampoco era que no sintiese la presión social que padecían sus amigas. Siendo la deslumbrante hija de un marqués rico y condecorado, se esperaba que se casara bien, aunque no pudiera heredar el título de su padre. Sus entrometidas tías llevaban años diciéndoselo, y también se lo había oído a los padres de sus amigos, pero tenía una cosa a su favor: su padre. Él era de la opinión de que casarse por interés era una idea terrible.

Las damas de la alta sociedad, preocupadas por el hecho de que Vivi y su hermano gemelo estuvieran siendo criados por un padre viudo, habían aconsejado al marqués que dejara el cuidado de sus hijos a cualquier mujer de la familia o que volviera a casarse rápidamente. El marqués había plantado cara a todos los convencionalismos y se había negado de plano a hacer caso a ninguna de esas recomendaciones. El matrimonio de los padres de Vivi había sido un enlace por amor —algo que era considerado asquerosamente vulgar, y más en un marqués, ya que los nobles no se enamoraban—, y había prodigado a su hija el mismo cariño que le habría dado su madre, animándola a casarse por la misma razón por la que se había casado él: amor.

—¡Eres una chica increíblemente afortunada! —se quejó Alex—. No tienes permiso de tu padre... o mejor dicho, tienes permiso para evitar a toda clase de cuellcortos, paliduchos y dandis afectados que se atrevan a solicitar tu mano en matrimonio. ¿Estás segura de que a tu padre no le gustaría adoptarme?

—No estoy segura de que mi padre pudiera vérselas contigo —se rio Vivi—. Pero, con toda honestidad, no planeo evitar que soliciten mi mano. Mi plan consiste en tratar de conseguir la mayor cantidad de propuestas posibles. Quiero perfeccionar

mis habilidades en el flirteo, las necesitaré si quiero atrapar al elegido.

El elegido. Vivi había sido siempre la única chica en el trío que creía en «el elegido». Alex pensaba que era porque sus padres se habían casado por amor.

Sin embargo, no podía evitar pensar que Vivi ya había puesto sus ojos en el hombre que quería.

Vivi, siempre misteriosa, se había negado a responder a cualquier interrogatorio o presión para obtener más información sobre el tema, evitando a sus amigas con un simple: «Todo el mundo tiene un elegido. Simplemente, no todas estamos dispuestas a esperar por él».

Alex resopló de forma indecorosa.

—Yo no creo que sea falta de voluntad para esperar, Viv... Estoy más que dispuesta a esperar. ¡Años! ¡Décadas, incluso! —Sus ojos brillaban por la risa.

—¡Siglos! ¡Milenios! —añadió Ella.

—Solo hay un problema. —Alex se inclinó hacia delante y, guiñándole un ojo a Ella, habló con gran seriedad—. Madres. —Las tres chicas estallaron en carcajadas.

—¡Alexandra Elizabeth Stafford! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Oh, oh...

—Estábamos hablando de... —empezó Ella.

Alex bajó los pies de la silla y se sentó.

—Mamá...

Para ser una mujer menuda, la duquesa podía aparecer tan regia e imponente como su título sugería.

—¿Qué te he dicho sobre ese vestido? ¿Qué demonio te ha poseído para tumbarte con él como si estuvieras en camisón en tu dormitorio? Por no mencionar este comportamiento tan impropio de una... ¿tienes alguna idea de cuánto tiempo les llevó a madame Fernaud y a sus ayudantes confeccionar un atuendo realmente digno de tu puesta de largo? ¡Se trata de un vestido de baile... no de un traje de montar!

—Pero... —Alex trató de intervenir, pero la duquesa no estaba de humor para escuchar las débiles excusas de su hija.

—¡Nada de peros, jovencita! Vete a tu habitación, pide disculpas a Eliza por molestarla a esta hora del día y quítate ese vestido.

De repente, Ella encontró muy interesante el tejido de la tapicería del sillón en el que estaba sentada. Vivi parecía estar buscando un tesoro dentro de su bolsito, dada la enorme atención que estaba prestando al contenido: un pañuelo, un pintalabios y un peine de viaje. Ninguna de las chicas quería ser la próxima destinataria de la ira de la duquesa.

—Y vosotras dos. —Ambas se miraron y se levantaron al unísono—. ¿Creéis que no me he dado cuenta de que estáis animando y fomentando su ridículo comportamiento?

Vivi abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor y la cerró.

—Excelente idea, Vivian. Confío en vosotras para que mantengáis a Alex alejada de cualquier comportamiento indecoroso. No me decepcionéis.

—Sí, su excelencia —dijo Ella.

—Estoy segura de que no me decepcionaréis de nuevo... en especial durante vuestra primera temporada. —A pesar de cómo se había expresado, la duquesa no había hecho una sugerencia, más bien había decretado una orden.

—No, excelencia. —Fue Vivi quien respondió esta vez.

Desde detrás de la espalda de su madre, Alex miró boquiabierta a sus amigas.

—¡Traidoras!

La duquesa no se giró para mirar a su hija.

—Las buenas amigas saben que no deben contradecir a las madres, Alexandra. —Había un brillo alegre en sus ojos mientras estudiaba a las mejores amigas de su hija.

—Sobre todo cuando la madre en cuestión es una duquesa —intervino Vivi, segura de que la tormenta había pasado.

Alex gimió, arrancando una sonrisa de su madre.

—¿Vais a quedaros a tomar el té?